

VICENTE VIDE RODRIGUEZ *

PRAGMATICA LINGÜÍSTICA: ANÁLISIS DE LOS LENGUAJES DE LA FE

La teología, en cuanto reflexión sistemática de la palabra inspirada, no puede ignorar las aportaciones ni los desafíos de la filosofía del lenguaje. Si la fe nace de la escucha y de la acogida razonable de la Palabra de Dios, las mediaciones lingüísticas ocupan un lugar fundamental en el anuncio y recepción de la fe cristiana. En el cristianismo el acto de fe se presenta como un conjunto de actos lingüísticos, cuya naturaleza es preciso analizar.

El estudio de las mediaciones lingüísticas en el anuncio cristiano ha estado siempre presente, de algún modo, en la historia de la teología. En efecto, el lenguaje teológico conoce, desde el inicio, una tensión insuperable entre la vía apofática y la vía catafática. En la Patrística y en la Escolástica se tratan de superar los peligros de la univocidad, el antropomorfismo y la idolatría con la categoría de la analogía. Pero la respuesta de la analogía, tanto en su versión clásica como en su versión contemporánea no es suficiente, ya que aborda la cuestión del lenguaje religioso solamente desde su dimensión predicativa. Al hacerlo así, se expone a los ataques que en la modernidad le han dirigido empiristas y

* VICENTE VIDE nació en 1966 en Elorrio (Vizcaya). Licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana y Doctor en Teología por la Universidad de Deusto, en la que imparte la asignatura de *Hermenéutica*. Ha publicado *Hablar de Dios en tiempos de increencia*: Cuadernos de Teología Deusto.

neopositivistas. Con el neopositivismo se instaura el primado analítico de una semántica de corte representacionista y verificacionista que relega las aserciones de los lenguajes de la fe al ámbito emotivo y poético, al sinsentido y al silencio.

Se ha de tener en cuenta, además, que el significado de no pocas de las aserciones teológicas (basta pensar, por ejemplo, en aquellas fundadas en la Escritura y que hablan de promesas, de alianza, de bienaventuranzas) no puede analizarse sólo desde la analogía y, en general, desde la semántica.

Con ello no se rechaza la validez de la analogía. De ningún modo. Pero es preciso responder a la cuestión acerca del sentido de las expresiones teológicas desde la dimensión pragmática del lenguaje. Afrontar desde la pragmática lingüística y, en concreto, desde la teoría de los actos de habla, el diálogo entre la teología y la filosofía analítica, resulta de gran interés hoy en día ¹.

En la filosofía analítica más reciente asistimos al descubrimiento de la fuerza performativa, presente en los actos de habla. J. Ladrière desarrolla la aplicación de la teoría de los actos de habla al lenguaje bíblico de la creación, siguiendo las huellas de D. Evans ². Este autor caracteriza la palabra creadora como dotada de fuerza performativa, pero presupone un insostenible isomorfismo entre el lenguaje humano y el divino. Asimismo, resultan problemáticos varios elementos de su teoría: la naturaleza parabólica del lenguaje expresivo y causal, su clasificación poco coherente de los performativos y la ingenua atribución a la locución divina de las formas expresivas del lenguaje bíblico humano, sin tener en cuenta los datos de la investigación exegética.

Ladrière extiende la teoría de Evans a los lenguajes evangélico, litúrgico, eucarístico y místico. Pero lo hace sin tener en cuenta las tipologías de Searle y de Habermas y sin dar razón del sentido de las expresiones teológicas. A partir de estas intuiciones de Evans y de Ladrière proponemos extender la categoría de performatividad, siguiendo la noción de fuerza ilocucionaria y la clasificación de los actos de habla de J. Searle a otros lenguajes de la fe, como son el del anun-

¹ A esta conclusión se llega después de haber estudiado la evolución de la filosofía analítica en el siglo xx y tras haber leído obras como las de D. ANTISERI, *Filosofía analítica y semántica del lenguaje religioso*; la de V. CAMPS, *Pragmática del lenguaje y filosofía analítica*, o la de J. LADRIÈRE, *L'articulation du sens*.

² Cf. D. EVANS, *The Logic of the self-involvement. A philosophical Study of Everyday Language With Special Reference to the Christian Use of Language About God as Creator*, SCM Press, Londres 1963.

cio cristiano, el de la proclamación kerygmática, el profético, el de Alianza, el de la oración de petición, el de la acción de gracias y el catequético.

La filosofía analítica más reciente, inaugurada por el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* y, en concreto, la pragmática lingüística en su versión de la teoría de los actos de habla (Austin, Searle), ha superado su actitud de inicial hostilidad frente a los lenguajes de la fe de tal manera que no pocos de los analistas han llegado a hacerlo objeto de sus investigaciones. Así lo reconoce Heimbeck, uno de los analistas que ha asistido a esta evolución en la *Cambridge-Oxford Philosophy*:

«Tengo la convicción de que la moderna metateología ha entrado recientemente en una era más positiva y constructiva y de la cual, a través del creciente acercamiento entre filósofos y teólogos, habrán de surgir sustanciosos dividendos en términos de una acrecentada comprensión de todo el complejo campo de la conceptualización, del discurso y de la lógica religiosa»³.

Aplicando la teoría de los actos de habla de J. Searle al análisis de los usos comunicativos que aparecen en la práctica de los varios lenguajes de la fe se abre un nuevo horizonte de comprensión del significado de este tipo de expresiones lingüísticas, caracterizadas en su conjunto por su performatividad.

Quizá resulte extraño oír hablar de pragmática lingüística en teología, pero conviene recordar la extrañeza que en su día causó la incorporación a la exégesis bíblica de la hermenéutica y de los análisis retórico, narrativo y semiótico, entre otros. Un reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica, titulado *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, señala la incorporación de nuevos métodos lingüísticos a la exégesis bíblica, pero se queda únicamente en el campo de la semántica, aludiendo veladamente a algo así como una fuerza performativa del lenguaje bíblico. Es preciso, pues, asumir, no sólo la semántica y la sintaxis, sino también la pragmática lingüística.

Además, esta pragmática presenta una ventaja para la teología y es que no sólo no adopta el tono hostil y beligerante de una semántica representacionista, sino que además da cabida a la amplia gama de expresiones teológicas y bíblicas, cuyo sentido difícilmente puede captarse

³ R. S. HEIMBECK, *Theology and meaning. A critique of meta-theological scepticism*, Londres 1969, 260. La cita corresponde a la versión castellana de la obra de A. GRABNER-HEIDER, *Semiótica y teología. El lenguaje religioso entre la filosofía analítica y la hermenéutica*, Estella 1976, Verbo Divino, 193, nota 47.

desde un análisis del significado, entendido como correlación palabras-hechos. La pragmática estudia el sentido pleno de los varios actos lingüísticos de la comunidad humana y la teología reflexiona sobre el sentido pleno de los actos lingüísticos que expresan y comunican la fe vivida en la comunidad cristiana. La pragmática lingüística, al abordar el estudio del origen, los usos y efectos de los signos en relación con el contexto de la acción comunicativa ofrece una nueva perspectiva de análisis de las expresiones teológicas.

Así se aprecia considerando las aportaciones de Wittgenstein en su obra *Investigaciones filosóficas* con su noción de la pluriforme significatividad de los juegos de lenguaje (dar órdenes, prometer, contar una historia, enunciar un juicio, etc.) o las teorías de Ch. Peirce, Morris y, sobre todo, la teoría de los actos de habla en la versión de J. L. Austin y de J. Searle. Frente al pragmatismo de Morris se asume aquí la pragmática lingüística como aquella disciplina que investiga la relación entre los signos y los interlocutores que usan los signos.

En los trabajos de Strawson, Austin, Searle y, posteriormente, en la revisión de la teoría de los actos de habla, llevada a cabo por Habermas, se descubre el lenguaje como una forma de acción, ya que en todo decir se realiza una acción a partir de una forma de vida y de un contexto específico. Así, la pragmática lingüística muestra cómo el significado de las palabras se torna dinámico y performativo, ya que es una función de la vida en su dinamismo histórico. Frente al reduccionismo neopositivista que invocaba la univocidad del significado, se abre ahora el horizonte de la multivocidad del significado lingüístico y con ello el valor de los varios lenguajes no representativos, la importancia de la convención y repetición de fórmulas para hacer promesas, pedir perdón, elogiar, suplicar, poner en duda, llamar a alguien, dar el pésame o hacer una declaración de amor.

Todo ello contribuye a mostrar el significado de las expresiones teológicas, que no comportan simplemente la descripción de una serie de hechos históricos, sino además la realización de una acción anunciada proféticamente o represencializada en el misterio (como sucede en la palabra litúrgica). Por su parte, el filósofo J. Searle parte del principio siguiente: hablar es comprometerse en una forma de conducta regida por reglas. Una noción central de Searle es la de fuerza ilocucionaria, que consiste en el modo con que el hablante asume y expresa un contenido proposicional.

Dentro de la fuerza ilocucionaria se incluye el propósito ilocucionario o intención comunicativa (*illocutionary point*), entendido como aquello

que se quiere comunicar, expresar o conseguir en cada uno de los diversos tipos de performativos⁴.

A pesar de sus limitaciones y lagunas, la clasificación de Searle resulta fundamentalmente válida para analizar los varios lenguajes de la fe. Hay que tener en cuenta que ni Austin ni Searle son teólogos y, por ello, no se plantean las aplicaciones teológicas de sus análisis. Pero el teólogo sí puede plantearlas, sobre todo cuando advierte su posibilidad. En este sentido no parecen hallarse elementos para construir una teología de la palabra o una fundamentación teológica del discurso cristiano a partir de la teoría de Searle, pero sí para analizar múltiples actos lingüísticos que se usan en el anuncio cristiano, en las homilías, en las clases de teología, en la oración, en las celebraciones litúrgicas y en la transmisión de la fe cristiana.

La utilidad de este método analítico se advierte estudiando el lenguaje litúrgico. En efecto, en este lenguaje se aprecia, quizá como en ningún otro, el carácter performativo de los lenguajes de la fe. Así, aplicando la clasificación de Searle a la celebración eucarística, se advierte que, por ejemplo, que el saludo inicial del presidente («el Señor esté con vosotros») no es un simple deseo ni un saludo semejante a «buenos días» o «que pases un feliz día», sino que es un anuncio dotado de una

⁴ Según Searle, hay cinco propósitos ilocucionarios fundamentales y, en base a ellos, pueden distinguirse cinco tipos de actos lingüísticos: los *asertivos*, que dicen cómo es el mundo (aseverar, anunciar, enunciar); los *directivos*, que tratan de conseguir que otras personas hagan cosas (mandar, pedir, preguntar, suplicar, rogar, invitar, exhortar, permitir, aconsejar); los *compromisivos*, que comprometen al hablante a hacer algo (prometer); los *expresivos*, que manifiestan sentimientos y actitudes (dar las gracias, pedir disculpas, dar el pésame, dar la bienvenida, alabar, felicitar), y los *declarativos*, que realizan aquello que dicen por el simple hecho de pronunciarse en un contexto determinado y de acuerdo con ciertas reglas (te nombro presidente, te bautizo, quiero recibir como esposa a N, te declaro la guerra. Cf. J. SEARLE, *Expression and meaning. Studies in the Theory of Speech Acts*, Cambridge University Press, 2.ª ed., Cambridge 1981, 12-17.

Esta tipología de Searle tiene sus limitaciones, ya que con su afán de esquematizar parece no tener en cuenta la enorme complejidad y variedad de actos ilocucionarios. Por otra parte, Searle parece limitar su análisis de los actos de habla a las condiciones de satisfacción y de verdad, olvidando quizá las condiciones de aceptabilidad y las pretensiones de validez, que también entran en la acción comunicativa, como muy bien señala Habermas. Estudiando los actos de habla en el ámbito de la interacción social comunicativa, Habermas considera la aceptación por el oyente de las pretensiones de validez planteadas por el hablante como componente también esencial del acto ilocucionario y no como un efecto perlocucionario estrechamente vinculado. Cf. J. HABERMAS, *Theorie des kommunikativen Handelns*, 3.ª ed., Frankfurt 1985.

fuerza ilocucionaria. Con este saludo la asamblea reaviva su fe en la presencia del Señor resucitado. El acto penitencial («Señor, ten piedad») también comporta una fuerza ilocucionaria compromisiva, ya que en el acto de manifestar el arrepentimiento el creyente se compromete a hacer todo lo posible para vivir el evangelio con coherencia y al mismo tiempo suplica a Dios que se comprometa a actuar en su favor. La aclamación del «Gloria» constituye un ilocucionario, básicamente expresivo («alabar», «dar gracias», «bendecir»), pero también asertivo al proclamar la realidad de la salvación realizada por Cristo. En la liturgia eucarística se encuentran muchos otros tipos de actos ilocucionarios. Los asertivos ocupan un puesto relevante, sobre todo, en el prefacio. En las intercesiones («Memento») destacan los directivos en forma de súplicas y los expresivos (acción de gracias y alabanzas), así como los declarativos, dotados de una eficacia *ex opere operato* («esto es mi Cuerpo»). Un análisis en detalle llevaría a ampliar la lista de ilocucionarios y a analizar aquellos que se dan en otras acciones litúrgicas⁵.

La aplicación del método de Searle permite, además, arbitrar criterios de significación lingüística para distinguir la oración de petición cristiana de ciertas formas de superstición y de invocación mágica de las que no han estado exentas algunas prácticas tradicionales de la oración cristiana. A diferencia de la invocación mágica, la oración cristiana de petición se caracteriza por su dimensión asertiva («reconocimiento del Misterio»), por su aspecto compromisivo («el hablante se compromete a esperar confiadamente la salvación») y por su peculiar propósito comunicativo. El verdadero orante no trata de instrumentalizar ni de dominar la realidad del Misterio, sino de ponerse a su servicio para esperar que le venga de El la salvación. El que pide, intenta conseguir un descubrimiento de la acción salvadora de Dios en su vida, sujeta no pocas veces a la tentación y a la duda. Conseguirlo constituye un don divino que dispone para la acción de gracias. El análisis de Searle en torno a las reglas que caracterizan al acto lingüístico del pedir, puede ayudar a sistematizar el estudio de aquellas exigencias evangélicas acerca del «pedir en nombre de Jesús».

⁵ Una aplicación más detallada del análisis de Searle al lenguaje litúrgico se encuentra en el número 15 de *Cuadernos de Teología Deusto*. Cf. V. VIDE, *Hablar de Dios en tiempos de incredulidad*, Universidad de Deusto-Bilbao 1997, 37-42. En este trabajo también se estudian algunas otras aplicaciones de dicha teoría analítica al lenguaje del anuncio cristiano y al catequético en el marco de la pérdida de significatividad del lenguaje cristiano en nuestros días.

Así pues, el lenguaje litúrgico está dotado de significación, ya que se presenta como una serie de complejos actos ilocucionarios, básicamente directivos y expresivos en el caso de peticiones, acciones de gracias y alabanzas, y declarativos en el caso del lenguaje sacramental. Y está dotada de una peculiar fuerza performativa, ya que el anuncio cristiano se hace operativo en el acto de proclamar la palabra litúrgica. Ello resulta todavía más claro en el caso de la palabra sacramental. Pronunciando el presidente de la asamblea eucarística las palabras de la Última Cena, se hace presente la fuerza performativa originaria de Cristo. Calificando la palabra sacramental como un ilocucionario asertivo y declarativo, a la vez, podría tal vez replantearse la debatida y compleja cuestión acerca de la eficacia sacramental. Por ser performativa la palabra del signo sacramental, ésta realiza aquello que significa y significa aquello que realiza. No hay que olvidar que la palabra sacramental comporta una acción transformadora, absolutamente original y radicalmente diversa de cualquier tipo de acción humana. Ello se debe a la radical diferencia entre la eficacia realizativa de la expresión: «Bautizo este barco “Reina Isabel”», y la eficacia *ex opere operat* del «N. Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Los análisis de Searle también pueden aplicarse a otros lenguajes de la fe.

El anuncio cristiano se presenta en los evangelios, en la predicación kerygmática paulina y en la confesión de fe como una serie compleja de actos lingüísticos, dotados de una peculiar fuerza ilocucionaria. Cuando Jesús proclama: «El Reino de Dios está cerca (o “ha llegado”», su aserción comporta una autoimplicación total y absoluta. Proclamando el reinado de Dios, Jesús da a entender que el objeto o propósito de su aserción es hacer entrar al oyente en un nuevo universo de significación que conlleva un cambio de mentalidad («convertíos») y una adhesión intelectual y volitiva a la Buena Noticia («creed en el evangelio»). He aquí la fuerza ilocucionaria del anuncio de Jesús: indicando que el Reino está al alcance de la mano, Jesús intenta conseguir que el oyente lo acepte como verdadero y oriente toda su existencia en función de esta Buena Noticia. Se trata de una aserción («está cerca») que co-implica un directivo («convertíos»). Diciendo «convertíos», Jesús no sólo intenta conseguir que el oyente realice una acción (como sucede con los directivos del lenguaje ordinario), sino además conseguir que el creyente transforme toda su existencia de acuerdo con la realidad del Reino anunciado.

Por su parte, Pablo realiza una atrevida aserción: «Yo (Pablo) afirmo que, a través del anuncio que os dirijo, se está ejerciendo una performatividad por parte del mismo Dios.» De ahí que lo característico

del anuncio paulino sea su peculiarísima pretensión de que, a través de éste, Dios interviene en la vida del creyente y en la historia de la humanidad. En ello consiste la audacia del acto lingüístico que profesa la fe, en afirmar que, escuchando y acogiendo una palabra humana, pero proclamada y celebrada en ciertas condiciones y contextos, el creyente descubre un plus de significación que apunta hacia una operatividad trascendente, la del mismo Dios. Así, el acto lingüístico de la profesión de fe constituye un asertivo («creo lo que Jesús dijo e hizo»), fundado en una cadena de fuerzas ilocucionarias que permiten al creyente hacer suyas las afirmaciones de Jesús y de las primeras comunidades cristianas. Siendo un asertivo, el acto de fe posee una coherencia y un valor cognitivo propios, irreducibles a una aserción fáctica. Searle ha mostrado que en toda aserción el hablante se compromete a sostener la verdad de lo afirmado. El testigo que refiere los hechos y palabras de Jesús, auto-implicándose en aquello que anuncia, realiza un acto ilocucionario básicamente asertivo: «Y nosotros sabemos que dice la verdad» (*Jn 21.24*). Este «saber», fundado en el testimonio, es un «saber» peculiar, mediato e indirecto, pero asentado sobre convicciones razonables y dignas de ser acogidas en un acto de fe, ya que se apoya en una lógica del testimonio.

Los análisis de Searle pueden aplicarse también al lenguaje profético y al de la alianza bíblica, ya que en el primero se realiza aquello que se anuncia y en el segundo se manifiesta la fuerza ilocucionaria de la palabra de la promesa, pero aquí no los desarrollamos, ya que preferimos centrarnos en el análisis de la estructura de la Revelación cristiana como un complejo acto ilocucionario, tema éste de indudable interés en teología fundamental⁶.

Aplicando la teoría de J. Searle se plantea un nuevo método de análisis para comprender mejor el significado de aquellas acciones comunicativas que narran los textos bíblicos. Ello contribuye a captar mejor la intención comunicativa de los autores humanos de los textos bíblicos.

En efecto, según la Revelación cristiana, Dios ha hablado a la manera humana⁷. Pero ¿qué significa hablar a la manera humana o en len-

⁶ Las aplicaciones del análisis de Searle al lenguaje profético y al de alianza veterotestamentaria se encuentran desarrolladas en mi tesis doctoral titulada: *El desafío de la pragmática lingüística a la teología: la performatividad de los lenguajes de la fe*, defendida en la Universidad de Deusto-Bilbao en 1996 y que esperamos sea publicada en breve.

⁷ Cf. DV 12: «Cum autem Deus in Sacra Scriptura *per homines more hominum locutus sit*, interpret Sacrae Scripturae, ut perspiciat, quid Ipse nobiscum communicare voluerit, attente investigare debet quid hagiographi reapse significare inten-

guaje humano (*per homines, more hominum*)? Normalmente se ha atendido a los géneros literarios y al análisis semántico de las expresiones. Pero el lenguaje humano no se agota ni en la hermenéutica ni en la semántica. Es preciso asumir también las nuevas corrientes lingüísticas y, en concreto, la pragmática lingüística y, dentro de ella, la performatividad de los lenguajes de la fe⁸.

No basta atender a los géneros literarios y a las formas nativas de pensar de la época en que tales textos fueron redactados. Hay que tener en cuenta también el hecho de que el hablar humano se articula a partir de actos lingüísticos cuya fuerza ilocucionaria se hace presente en el acto de realizarlos. El estudio de la dimensión performativa del lenguaje ayuda a comprender la íntima conexión de los hechos y las palabras en la Revelación cristiana. Así, entre los múltiples modelos usados en el ámbito de la teología fundamental para presentar la Revelación cristiana, proponemos el de la acción comunicativa, entendida como un complejo acto ilocucionario. En efecto, «revelarse» constituye un complejo acto ilocucionario. Como equivalente de dar a conocer o manifestar algo oculto y misterioso constituye básicamente un asertivo. Pero un asertivo dotado de una peculiar fuerza ilocucionaria, ya que al darse a conocer, Dios da vida e ilumina plenamente el misterio del ser humano. Es verdad que Dios, Misterio inefable, desborda enteramente los límites del análisis de los ilocucionarios humanos, pero teniendo en cuenta que la teología presenta la Revelación como una palabra eficaz, como una acción comunicativa, podríamos presentar de este modo la naturaleza de la Revelación cristiana. Este modelo presenta, además, la ventaja de integrar aspectos presentes en otros modelos, como pueden ser los de autocomunicación (Max Seckler), palabra (O. Procksch y A. Robert), encuentro interpersonal (J. Martín Velasco, R. Guardini, H. U. von Balthasar, Haag) o presencia misteriosa de Dios en el dinamismo de la acción humana (M. Blondel, P. Tillich, K. Rahner, Baum, Dewart, Moran, Tracy, Darlap), entre otros.

derint et eorum verbis manifestare Deo placuerit.» Nótese que el texto conciliar no detalla en qué consiste este *more hominum* ni se pronuncia a favor de ninguna corriente filosófica ni lingüística, razón de más para emprender una investigación interdisciplinar entre la filosofía del lenguaje y la teología fundamental.

* Un paso importante en este sentido lo ha dado Rino Fisichella señalando el carácter performativo del lenguaje teológico en su *Diccionario de Teología Fundamental*, dirigido en colaboración con el P. Latourelle. Cf. R. LATOURELLE - R. FISICHELLA - S. PIÉ I NINOT (eds.), *Diccionario de Teología Fundamental*, voz «Lenguaje», Madrid 1992, 825-830.

Por otra parte, este método de análisis lingüístico puede resultar de gran utilidad para estudiar e interpretar los textos bíblicos. En el citado documento de la Pontificia Comisión Bíblica se valora la incorporación de nuevos métodos lingüísticos a la exégesis:

«Aprovechando los progresos realizados en nuestro tiempo por los estudios lingüísticos y literarios, la exégesis bíblica utiliza cada vez más métodos nuevos de análisis literario, en particular el análisis retórico, el análisis narrativo y el análisis semiótico»⁹.

En este documento se tiene en cuenta dentro de la semiótica únicamente a la semántica y a la sintaxis. Falta la incorporación de la pragmática lingüística como disciplina que ayude a descubrir cuáles son las fuerzas ilocucionarias presentes en las acciones comunicativas que narran los textos bíblicos. Ello contribuye a comprender mejor la intención comunicativa (*significare intenderint*) de los textos bíblicos y, en consecuencia, de la Revelación¹⁰.

En cuanto al acceso del ser humano a la Revelación, desde la fenomenología de la religión se constata que el hombre habla a Dios y de Dios. Analizando los actos lingüísticos empleados en esta relación dialógica con el Misterio, se descubre en ellos una peculiar fuerza ilocucionaria, cuyo fundamento último para la teología cristiana radica precisamente en una previa acción comunicativa por parte de Dios que llamamos Revelación. De este modo, el análisis lingüístico se presenta como un método de inmanencia para descubrir en el ámbito de la acción comunicativa un plus de significación que apunta hacia una palabra originaria, trascendente y personal, la Palabra de Dios, revelada plenamente en el Verbo encarnado, Palabra que lleva a término el dinamismo de autotrascendencia, presente en la acción comunicativa humana. Bellamente lo expresa H. U. von Balthasar:

«Mientras que la filosofía habla de la palabra (Wort), la teología habla de la Palabra (= Uberwort = «Superpalabra»). Esto implica que la refle-

⁹ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1993, 37.

¹⁰ La expresión que aparece en DV 12, *Significare intenderint*, debería comprender también el estudio de la intención comunicativa de los textos bíblicos cuando en ellos se presentan actos lingüísticos del tipo: aserciones, avisos, exhortaciones, llamadas a la conversión, anuncios de sucesos, interrogaciones, súplicas, acciones de gracias, alabanzas, lamentaciones, etc. Todos ellos y muchos otros constituyen formas habituales del lenguaje humano, cuyo sentido es preciso dilucidar con la ayuda de la teoría de los actos de habla.

xión teológica proviene y está orientada hacia una palabra que, aunque fragmentada en las palabras humanas, las trasciende y las sintetiza, hasta el punto de que no puede ser totalmente expresada por ellas»¹¹.

El hecho de que Dios ha escogido hacerse Palabra encarnada comporta un acuerdo perfecto entre su expresarse como Dios y las formas universales de su comunicación humana. En Jesús de Nazaret se encuentra la plenitud del diálogo entre Dios y la humanidad, realización perfecta de la dimensión asertiva del anuncio cristiano, ya que «en El se cumplió el Sí» (2Cor 1,19). En El reside la plenitud de los actos lingüísticos directivos en relación con Dios, ya que en el nombre de Jesús se alcanza la conversión y se realizan las acciones de gracias, la súplica y la alabanza. La fuerza del Espíritu Santo, cuya potencia realizativa se despliega de forma elocuente en la palabra sacramental, transforma la palabra de la oración y del compromiso humano para hacerla instrumento renovador del mundo. Y de este modo la palabra y la acción humanas hacen presente en la inmanencia histórica la fuerza transformadora de la Revelación cristiana.

¹¹ H. U. VON BALTHASAR, *Ensayos teológicos, I. Verbum caro*, Guadarrama, Madrid 1964, 112.

